

LA AUSENCIA DEL PADRE Y LOS HIJOS APÁTRIDAS EN LA SOCIEDAD ACTUAL

por AQUILINO POLAINO-LORENTE

Universidad Complutense de Madrid

Introducción

La ausencia del padre en la educación familiar ha tenido una amplia y errónea tradición, pero nunca hasta hoy tal ausencia se había transformado en destierro. El padre —como también su figura— ha sido desterrado del ámbito de la familia, del escenario natural del hogar. Esta ausencia amenaza con ser total, es decir, que no sólo se limita a la mera presencialidad física, sino que se adentra también —y de forma muy relevante— en otros ámbitos que resultan irrenunciables para la formación de los hijos.

La ausencia del padre es hoy, fundamentalmente, emotiva, cognitiva y espiritual, además de física. Aunque tal privación influye necesariamente en todos los hijos, cualquiera que sea su género, no obstante, las consecuencias repercuten más en los hijos varones. Por esta razón, en las líneas que siguen nos ocuparemos casi exclusivamente del varón. El eclipse de la paternidad condiciona una más pobre y menor relación entre los hijos y sus padres, hasta el extremo de que la vida entre ellos ya no se comparte y, en consecuencia, no puede darse convivencia alguna.

Tal ausencia supone en los padres una huida de la responsabilidad personal, por cuyo defecto se configura un tipo de estructura relacional que, desde su distancia, es mucho más nociva para el hijo, como tendremos ocasión de observar a lo largo de esta intervención.

La madre, hasta hace dos décadas, había sido erigida en la principal educadora —si es que no la única— de la prole. Ignoramos, por el momento, cuál era el fundamento de ese supuesto estilo educativo. Algunos han pretendido fundamentar tal decisión en ciertas peculiaridades y características psicológicas diferencia-

les entre el hombre y la mujer. De este modo, se afirmó que era más propio de la mujer la educación de los hijos, por estar más vinculada a lo concreto y ocuparse más de los detalles que el varón, por su instinto maternal, por ser muy realista a la vez que más sagaz, por su especial sensibilidad y proximidad a la unidad y universalidad de la vida que en los hijos se manifiesta.

Por contra, para la defensa del absentismo de los padres se invocaba su incapacidad para atenerse a lo general, la absorbente dedicación y especialización profesional que la sociedad exigía de ellos, el afán competitivo y su natural tendencia a ocuparse de lo abstracto, algo que les separa de la vida sentenciándolos como no aptos para la educación.

Aún en el caso, poco probable, de admitir que esto fuera cierto —ningún resultado empírico demuestra tal aserto—, el hecho es que el hijo necesita integrar ambos mundos en su personalidad para, más tarde, asumir y responder adecuadamente a los complejos antagonismos a que socialmente estará expuesto. Frente a estas opiniones, disponemos de numerosos datos que manifiestan lo contrario: que ambos, padre y madre, tienen parecidas habilidades para educar a los hijos —matizadas por un rico contraste—, sin que por esos matices pueda excluirse a ninguno de ellos.

Por último, la frecuencia de familias monoparentales —un hecho lamentablemente muy extendido en la actual sociedad—, ha venido a demostrar que la educación a cargo del padre es tan eficaz o más que la realizada por la madre.

Los hijos necesitan de las relaciones con el padre y la madre, aislada y conjuntamente consideradas. En esto ninguno de ellos puede sustituir total y satisfactoriamente al otro. De igual modo, el balance que se deriva de esa peculiar relación entre ellos resulta fundamental para la prole. Esto viene a subrayar la necesidad de un equilibrio —no sólo cuantitativo, sino también cualitativo— entre las formas en que ambos se relacionan entre sí y con los hijos, así como en la disponibilidad, dedicación, funciones, roles, etc., que ambos están llamados a representar y ejercer respecto de aquéllos.

Por consiguiente, no se debiera seguir alegando —como ficción justificadora de las dudosas y obsoletas opiniones anteriores— ciertas atribuciones que, además de no estar ellas mismas fundadas, se oponen frontalmente a los datos empíricos de que actualmente dispone la comunidad científica. Dicho más directa y brevemente: la ausencia del padre en la educación de los hijos constituye hoy un hecho científicamente injustificable y de nefastas consecuencias para los hijos, el padre, la madre y la entera sociedad.

El autor de estas líneas considera que el problema de la ausencia del padre en el contexto educativo familiar es una de las cuestiones que, por afectar al núcleo mismo de la formación de los hijos y de su identidad personal, no es renunciable ni tan siquiera negociable. Por eso, entiende que su inclusión como cuestión a estudiar en esta reunión no es sólo pertinente, sino inexcusable. Se trata, pues, de buscar soluciones a los problemas que tan gravemente interpelan hoy a familia y de los que la ONU se ha hecho cumplido eco (resolución número 44/82 de

diciembre de 1989) al proponernos como tema para el Año Internacional de la Familia el de «Familia: recursos y responsabilidades en un mundo que cambia». De seguro que la mayoría estará de acuerdo en que esta cuestión nos afecta y nos atañe a todos, y muy especialmente a los que, como padres, profesionales y educadores, venimos ocupándonos de la formación de las futuras generaciones.

1. *El síndrome del padre ausente*

El síndrome del padre ausente puede definirse desde dos posiciones muy diversas: desde la perspectiva de los hijos varones que sufren los efectos de esa ausencia y desde los padres que en cierto modo son la causa —aunque, en cierta manera, también sufren las consecuencias— de esa privación. Según la primera opción, se entiende aquí por síndrome del padre ausente el cortejo de privaciones afectivas, cognitivas, físicas y espirituales que al hijo le sobrevienen como consecuencia del vacío que se opera en las relaciones paterno-filiales. Sobre este punto volveré más adelante.

Si tomamos al padre como punto de partida, la ausencia de padre o el padre ausente designa la falta de dedicación del padre a la educación de los hijos, cualquiera que sea el tiempo presencial que aquél esté en el hogar. Puede suceder que el padre viva en el mismo hogar que sus hijos y que, sin embargo, su comportamiento no sea el apropiado. De padres como éstos hay demasiados ejemplos en la actual sociedad, aunque, obviamente, de ellos hay muy diferentes tipologías. No obstante, hay un denominador común en todos ellos: el vacío, la imposibilidad o la ausencia de esa necesaria relación paterno-filial.

Padre ausente es, por ejemplo, el padre que se ha convertido en una huella vestigial, fantasmal casi, dado el escaso tiempo que pasa en casa; el que hace dejación de los deberes que como progenitor tiene; el varón huidizo y pasivo que delega todas sus funciones parentales en la mujer; el padre que no realiza en sí o incluso rechaza los valores masculinos mientras idealiza y trata de acomodar su conducta de acuerdo con los valores femeninos sobrestimados y/o requeridos por su mujer.

Padre ausente es también cualquier padre que, estando presente en casa, genera una atmósfera impenetrable en torno a él hasta el punto de obstruir cualquier posibilidad de comunicación con los hijos; el que es incapaz de mostrar y compartir con los hijos las naturales manifestaciones de cariño, ternura o delicadeza; el que se refugia y acoraza en la armadura de sólo la exigencia, el rendimiento, la competitividad y el éxito profesional; el que desarrolla hasta la magnificación la contrahecha caricatura del despotismo viril. Unos por defecto y otros por exceso, son padres que desnaturalizan, en tanto que padres, su propio comportamiento.

Los últimos, porque reprimen su afectividad y frustran la de sus hijos, y anhelando ser, admirados, imposibilitan el hecho de poder ser imitados; los primeros, porque embridan tanto su masculinidad que acaban por traicionar las

peculiaridades y rasgos propios de su género y, siendo en apariencia tan afectivamente cercanos, dulces y expresivos, no obstante, ofrecen como modelo una masculinidad vacía e ignorada. Ambos, porque se entregan a un narcisismo excesivo en el que son irreconocibles los vestigios del rostro de la paternidad y, en consecuencia, obstruyen las posibilidades de identidad de sus hijos varones.

Unos y otros acaban por ser padres que no tienen nada que ofrecer a sus hijos y que acaso han perdido su dignidad de hombres al presentarse como seres cuyos ejes biográficos son incompletos y ofrecen una *masculinidad desvertebrada*. Con este modo de proceder se multiplica y extiende un modelo sólo útil para el *desamparo filial*, pues ninguno de ellos logra acertar en la trasmisión de la imagen positiva que de la virilidad esperan y precisan sus hijos. El padre que no siembra, ni planta, ni riega es inútil que espere encontrar un báculo para su vejez. Los padres que faltan de casa generan hijos faltos de padre (Corneau, 1989).

Ante el padre ausente, es lógico que los hijos opten por la búsqueda de un sustituto, de una figura con que poder sustituirles. Surge así la *imagen vicaria de la paternidad*. La presencia vicaria de la paternidad se encuentra hoy en los estadios y en las aulas universitarias. Es allí donde, vergonzantes y como a hurtadillas, acuden los hijos apátridas en busca de una identidad todavía no consolidada (la que acaso le ofrecen el comportamiento de ciertos profesores, el entrenador o determinado deportista, sin que sean muy conscientes de ello). Emergen así los *padres sustitutos*, héroes varoniles provisionales que no les dieron su sangre y que apenas si les ofrecerán un ambiguo apoyo transitorio. En otros casos, una imagen vicaria de la paternidad pueden encontrarla los hijos en sus respectivas madres, a las que se apegarán y utilizarán como un bálsamo, siempre circunstancial, para aliviar las dolorosas heridas de identidad tan difíciles de cicatrizar.

2. Entre el "cow-boy" y el "soft-male"

Los dos modelos de padre, por extendidos más cercanos a todos en la actual sociedad, son el padre-duro y el padre-blando, aunque según parece el segundo se ha generalizado más en los dos últimos lustros. Sin embargo, ninguno de ellos satisface los criterios mínimos e imprescindibles para cumplir satisfactoriamente con la función de la paternidad.

El padre-duro (*cow-boy*; Flem, 1984), porque bajo la aparente dureza de su comportamiento familiar esconde un cierto desentendimiento de cuanto acontece a los hijos. Si a eso añadimos su distanciamiento afectivo y el excesivo alejamiento de su hogar por exigencias del trabajo, parece lógico que la convivencia familiar sufra su ausencia. La proximidad, la ternura y la comunicación son aquí sustituidas por el éxito, el honor y el dinero. El padre-duro es ante todo y sólo un *padre-castigador-y-abastecedor* al que los hijos temen y respetan, pero sin que pueda construirse entre ellos el necesario ámbito de la confianza, dado su carácter

inaccesible e intransigente. Su deseo de ser admirado le hace ser demasiado dependiente del resultado de su trabajo, enganchándose al éxito personal o profesional como si se tratara de una droga.

El padre-blando (*soft male*), porque la indulgente dulzura de su conducta no logra esconder su tendencia a buscar la aprobación social —no saben ni quieren ir contra corriente—, lo que le hace ser *demasiado sumiso al patrón de comportamiento colectivo* que esté de moda. El padre-blando es demasiado contemporizador con el canon estético en cada momento imperante. La vulnerabilidad frente a la adulación condiciona su curvamamiento hacia el propio ego, el culto al cuerpo y el acicalamiento (el rebuscado adorno personal). En el padre-blando, en definitiva, se da otra clase de replegamiento: el condicionado por la autocontemplación en el espejo.

A lo que se ve, ni el padre-duro ni el padre-blando (Badinter, 1992) realizan en sí, de forma cumplida, lo que es propio de la paternidad. En realidad, tanto uno como otro son padres ausentes que generan varones apátridas al rehusar hacerse cargo y realizar en sí un modelo equilibrado de masculinidad. Se comportan más bien como padres simuladores y fingidos de hijos que, aunque reales, son tratados como si fueran simulados. Ambos adoptan y encaran la función de la paternidad como si de un ficción se tratara.

Por una u otra vía ambos realizan en sí el modelo del *padre desvertebrado*, un padre que no tiene la suficiente energía y dedicación como para esquelotar el armazón de la identidad filial. Incapaces de afirmar al hijo varón en su valer, tampoco disponen de un proyecto biográfico que ofrecerle. No haciendo pie en sí mismos, sólo pueden trasladarle la inseguridad que anida bajo su piel, poco importa que sea a través de su dureza o de su blandura. Mala herencia ésta para quien necesita de un modelo en el que mirarse y con el que compararse en la difícil ruta de la autoconstrucción de la masculinidad.

De otra parte, el estudio del comportamiento paterno sería poco riguroso si se hiciera en el vacío, como si el medio social en nada pudiera condicionarlo. Nadie dudará que los numerosos cambios que se han producido en el ámbito de lo femenino han logrado trastocar el mundo del varón.

Algunos autores llegan a sostener que el hombre ha sido desposeído de su paternidad, que el varón es hoy el verdadero «sexo débil», que «hemos pasado del reino de los padres al reino de las madres» (Sullerot, 1992). «Lo que yo deseo —escribe esta feminista— es tratar de comprender y explicar el ocaso de los padres al que asistimos en la actualidad, ocaso que afecta a la vez a su condición civil y social, a su papel biológico en la generación, a su papel en la familia, a su imagen en la sociedad, a la idea que se hacen ante sí mismos de la paternidad, de su dignidad, de sus deberes y de sus derechos, a su propia percepción de su identidad como padres, al modo como sienten sus relaciones con las madres de sus hijos y con las mujeres y a la forma en que imaginamos el futuro de la paternidad. (...) La madre se ha convertido en un progenitor completo que desempeña todos los papeles; el padre es aún un progenitor insuficiente.»

Sullerot defiende la *necesidad de un nuevo padre*, o mejor el nacimiento del

padre. Pero esto no acontecerá si los hombres no vuelven a interiorizar su total responsabilidad ante la paternidad. La mujer debe darse cuenta de que ella jamás será el único progenitor del hijo. Porque lo que los hijos quieren ante todo es *un padre que nunca les abandone*.

Nada de particular tiene que en algunos sectores parezca haberse arruinado la hegemonía de lo masculino. Y al acabar con la supuesta masculinidad hegemónica se han extinguido también los valores masculinos que, a su modo, son encarnados ahora por la mujer, quien inicialmente los detestó para más tarde apropiárselos.

En cierto modo, el origen de esta transformación del varón y de la mujer hunde sus raíces en las *erróneas atribuciones de rasgos* que, tiempo atrás, se vertieron sobre lo masculino y lo femenino. Al varón se le atribuyó la agresividad, la resistencia, la fortaleza, etc.; a la mujer, en cambio, la ternura, la compasión, la sumisión, etc. Como si no existiera una agresividad masculina y otra femenina, una ternura masculina y otra femenina, una sumisión masculina y otra femenina, una resistencia masculina y otra femenina, una compasión masculina y otra femenina, etc., es decir, rasgos al fin que siendo comunes se diferencian, pluralizan y contradistinguen únicamente en el peculiar modo en que cada uno de ellos se encarna y modaliza en el ser del hombre y de la mujer, dos formas de ser, idénticas en lo que atañe a su dignidad de persona.

En este punto se han interpretado muy mal las atribuciones que de estos rasgos se han plasmado en forma de tópicos sociales, estables y tozudos, respecto de cada uno de los géneros, llegando con el tiempo a predicarse exclusivamente de uno de ellos, como si se tratara de una carectización que en esencia pertenece a sólo un género determinado y que no puede predicarse del otro género, a no ser al precio de ciertas sospechas.

Con el conjunto de estos rasgos se construyó un *estilo dominante* y supuestamente inequívoco, pronto a la configuración en exclusiva de un solo género, que más tarde, se transmitió de una a otra generación sin mediar ninguna duda o discusión. Estos modelos implícitos, aunque viciados en su misma raíz, han dado en constituir una máscara, supuestamente incuestionable, sobre la que fundamentar las diferencias de género (Petzold, 1992). Pero la máscara al fin ha explotado, sembrando la duda con su explosión tanto en la mujer como en el varón. He aquí las consecuencias de un dogmatismo configuracional y obsoleto que, sin resistir la más modesta crítica, se ha perpetuado durante demasiado tiempo.

Los *iconos de lo masculino y de lo femenino* así contruidos, no siendo reales, no obstante, dispusieron de suficiente capacidad para alentar la emergencia de un nueva realidad. Lo que no era acabó por hacer que hubiera lo que no había. Por esta razón, sería muy conveniente estudiar pormenorizada y científicamente lo que subyace bajo esos infortunados modelos implícitos de las diferencias de género, que tan nefastos han sido en sus actuales consecuencias para la familia y, más especialmente, para los hijos varones (Gilmore, 1990).

Los modelos así contruidos acabaron por superponerse a las estereotipias y

lejos de desvelar el ser de la mujer y del varón, contribuyeron a establecer una artificial diferenciación entre ellos. Ahora, una vez que algunos de estos modelos han explotado, se descubre en sus ruinas que habían hecho un mal servicio a la definición y caracterización de los papeles masculino y femenino, hasta el punto de enmascararlos, tergiversarlos y confundirlos, haciendo de los hijos personas cautivas en sus redes invisibles.

3. Razones etiológicas

Entre los muy diversos factores concurrentes a magnificar la presencia y extensión social de este síndrome del padre ausente y los hijos apátridas, cabe mencionar los siguientes: a) La desintegración familiar, b) el nuevo icono de la función reproductora, c) el cambio de roles en la maternidad y paternidad, y d) los recientes cambios que en la imagen social de la masculinidad han acaecido. A continuación se estudian independientemente cada uno de ellos.

a) La desintegración familiar

Probablemente, una de las circunstancias que más directamente está implicada en la ausencia del padre es el *divorcio*. En las tres últimas décadas el número de divorcios en EE.UU. se ha incrementado en casi el doscientos por cien. De acuerdo con el *U. S. Bureau of the Census* (1991), la tasa de divorcio ha saltado del 9'2 (1960), al 20'9 por cada mil mujeres casadas (1991). Simultáneamente, ha descendido también el número de matrimonios celebrados en los últimos treinta años: concretamente, en 1991 la tasa de mujeres casadas por cada mil mujeres no casadas es de 54'2, frente a la tasa de 1960 que era de 73'5. Esto significa que se ha incrementado el número de *familias monoparentales* en las que con mucha frecuencia el padre es el gran ausente.

Diecisiete millones de niños viven en familias norteamericanas constituidas por un solo padre; en el 90 % de esos hogares el padre está ausente. Esto supone que el 73 % de esos niños viven en la pobreza, frente a sólo el 20 % de los niños que experimentan esa misma pobreza cuando forman parte de familias en las que están presentes los dos progenitores. En el primer caso, la duración de esa circunstancia puede extenderse durante siete años consecutivos afectando al 22 % de los niños, mientras que esas mismas condiciones sólo afectan al 2 % de los niños que viven con ambos padres (Galston y Kamarck, 1993).

Para hacerse cargo de lo peculiar de esta situación, resulta forzoso insistir un poco más en ciertos datos. Según Bronfenbrenner (1993), en 1960 el 88 % de los niños norteamericanos vivían con ambos padres —sólo el 78 % vivían con sus padres biológicos—, mientras que el 8 % vivían sólo con sus respectivas madres. En 1990 estos porcentajes se han modificado siendo del 57 %, el 73 % y el 22 %, respectivamente.

Es cierto que, según una multiseular tradición, el varón ha ido especializán-

dose en su trabajo, con el que obtiene los recursos necesarios para sacar adelante su familia. Todavía más en el momento presente, en donde la división del trabajo es una realidad incuestionable que reclama una buena dosis de competitividad. Esto conlleva mucha exigencia, una excesiva dedicación y hasta un cierto apartarse —hasta aquí justificado y aún elogioso, por necesario— de los suyos.

De otra parte, si tenemos en cuenta el horario laboral y las distancias que separan al padre de su casa, especialmente en las grandes ciudades, parece lógico que su presencia en el hogar esté muy limitada. Pero una presencia limitada no es sinónimo de una ausencia. Y muchos padres están ausentes de sus familias más de lo que debieran, sobre todo si consideramos los días que su no presencia es completa, como consecuencia de los horarios y de los numerosos viajes de trabajo que bastantes de ellos se ven forzados a realizar.

En otras ocasiones, esta ausencia resulta más difícil de justificar. Hay padres despreocupados e irresponsables que basta con que tengan un cierto conflicto con su mujer, para que encuentren una excusa razonable que en cierto modo les justifica para llegar tarde a casa. En realidad, no se han quedado en el trabajo hasta tan tarde —como avisaron a sus esposas—, sino que han inventado esa coartada para irse con algún amigo a tomar una copa y, de este modo, no tener que enfrentarse a los problemas de los hijos o a los que su mujer suele plantearle inoportunamente, apenas llega a casa, la mayoría de las veces.

b) *Un nuevo icono de la función reproductora*

En este apartado sólo trataré de señalar algunas de las características femeninas que han cambiado y que considero pueden haber influido en que el padre esté ausente del hogar. Por consiguiente, nada se afirmará aquí específicamente sobre la mujer a no ser que sea exigido por la coherencia explicativa para dar razón de la ausencia del padre, propósito de esta colaboración.

Un icono femenino de amplia circulación en la sociedad actual trasmite la imagen y pone de manifiesto que la mujer actual no se concibe a sí misma con la concepción. El embarazo es percibido hoy por algunas mujeres como un hecho contrario a la libertad, en tanto que se opone a la autorrealización personal. El criterio definidor de la autorrealización personal ha sufrido una total transformación en la mujer contemporánea. Si antes la mujer se sentía realizada engendrando hijos, hoy, por el contrario, algunas sostienen que se realizan a sí mismas en la medida que no los tienen, retrasan su llegada o los tienen en menor número.

La mujer parece sentirse hoy liberada porque ahora —gracias a los procedimientos *contraceptivos*— puede separar su actividad sexual de la posibilidad del embarazo. Pero, lamentablemente, la liberación sexual así obtenida no genera los efectos que se anunciaban.

Algunos profetizaron que liberada la mujer de la procreación que se consideraba como yugo —otros lo han formulado como sexualidad reprimida por estar subordinada a la procreación—, al fin podría encontrar un paraíso, un lugar feliz

y seguro donde sentirse independiente, a la vez que protegida de la ansiedad, la depresión y la neurosis. Pero tal profecía —como afirma Sullerot, 1992— no se ha cumplido; antes, al contrario, el independentismo femenino anunciado se ha cobrado numerosas víctimas que sufren éstas y otras alteraciones.

Cierto que algunas de ellas presumen de «hacer» voluntariamente a sus hijos sin que sea a su costa y no como antes que, también en esto, estaban sometidas a sus maridos. Aparte de una pequeña, pero importante cuestión —los hijos no se «hacen», porque no son objeto de fabricación sino de generación—, el hecho es que cada hijo vive a expensas de la madre, a costa de ella, independientemente de que su madre lo quiera o no.

En cualquier caso es cierto, como sugiere Sullerot, que al disponer de anticonceptivos es ella la que decide —y no el varón como sucedía hasta aquí— si tendrá o no un hijo. En este sentido puede afirmarse que *el poder ha cambiado de sexo*, siendo transferido del hombre a la mujer. En efecto, la mujer puede privar de paternidad al marido que desea tener un hijo. La mujer puede hacer que su marido sea padre, aunque él no esté decidido a serlo. En tanto que *directora, controladora y «propietaria» de su fecundidad*, dispone de todas las posibilidades para elegir y decidir lo que se hará, sin, con o en contra de la opinión de su marido. De otra parte, es ella la que decide con qué hombre y cuándo tendrá un hijo; la mujer proyecta y decide el momento que para ella resulta más adecuado; ella decide cuál será el sexo de su hijo; en una palabra, ella decide siempre quién ha de venir o no a este mundo.

Esto significa que ha sustituido al padre en lo relativo a su función procreadora y ahora se sirve de él —de lo contrario no habría hijo—, pero sin contar con él. Por contra, si el varón quiere tener un hijo y la mujer no, no habrá forma de que ese nacimiento se produzca. Ahora bien, si el marido no quiere tener hijos y ella sí los desea, con toda seguridad los habrá, porque siempre podrá apelar a un olvido de la píldora, a una imprevisible irregularidad en la menstruación, etc. ¿No hay aquí un agravio comparativo en el modo en que se ha redistribuido el poder en cosa tan importante como la paternidad? ¿No constituye esto un desequilibrio de fuerzas? *El hombre ha sido desposeído* como dueño que era *de la paternidad*. Ciertamente que hoy continúa siendo el padre de sus hijos, pero, en ocasiones, en contra de su voluntad. ¿Quién se somete a quién en el importante y definitivo proceso de decidir si se va a ser padre o no?

El monopolio de la generación que de aquí resulta constituye la más grave afrente a la masculinidad, por cuanto el varón queda desposeído de una decisión que siempre debió ser bicéfala y que tan profundamente le afecta y que ahora —al arrogarse la mujer ese poder decisorio— es sólo monoparental.

Lo mismo sucede si consideramos lo que ocurre en el caso de la reproducción artificial, en la que la escisión material, temporal y personal entre las funciones sexual y procreativa es una realidad innegable. En uno y otro caso el gran perdedor es el hombre. En el primero, porque se produce una escisión en su unidad personal y psicológica, más concretamente en el ámbito de su voluntad, entre su querer y su sexualidad —una escisión que le es impuesta por la mujer—

y, en el segundo, porque se produce otro tipo de escisión más materializada —esta vez en el ámbito de su cuerpo— al fragmentar su función sexual en sus diversos componentes, seleccionando unos y rechazando otros, y en todo caso disolviendo siempre la unidad biopsicoespiritual de la persona humana.

La mujer ha robado al hombre una importante dosis del fuego prometeico y ha sustraído la piedra angular del edificio del sistema patriarcal, que ahora aparece vacilante y amenaza con desplomarse.

Una vez que la mujer ha tomado este poder, parece lógico que haya arrinconado al marido y con él y en él a las funciones que como padre éste debería desempeñar. Pero esta afrenta contra la paternidad más tarde reobrará sobre la mujer, convirtiéndola en víctima. En efecto, cuando el fragor de la batalla educativa de los hijos agote sus fuerzas y vuelva su mirada en busca de un padre que le ayude en la tarea, se encontrará que no hay tal refugio ni protección, que está sola ante el peligro, que la exclusión inicial se ha tornado definitiva.

Muchos padres ignoran todavía esta derrota. La causa de esta ignorancia hay que buscarla en su indiferencia y desinterés acerca de cuál es el papel que deben representar en la educación familiar. Se trata más bien de una ignorancia fingida y calculada que obviamente en modo alguno los justifica. Si a los padres no les inquieta conocer cuáles son sus deberes, de qué autoridad están revestidos, en qué ámbitos deben tomar decisiones, cuáles son sus responsabilidades; en definitiva, qué caracteriza su papel de padres, entonces es lógico que se desentiendan de sus hijos y éstos de ellos. La indiferencia de los padres se ha prolongado en una *dimisión de la paternidad* a la que los hijos han respondido, primero, con el desinterés por ellos y más tarde, con el rechazo, para finalmente «pasar» de ellos y definitivamente condenarlos al olvido.

c) *Cambio de roles, maternidad y paternidad*

El cambio de roles experimentado por la madre y el padre deben mucho al nuevo icono puesto en circulación acerca de la procreación. A los iniciales cambios suscitados en lo que se refiere al papel de la madre, a los que antes se aludió, han seguido otros, como reacción a aquéllos, en el ámbito de la paternidad. Posteriormente, estos últimos reobrando sobre los primeros han conseguido cerrar un perfecto círculo vicioso en el que no se acierta a encontrar la salida.

No se trata tanto de perder el tiempo aquí en un «tour de force» en la contraposición entre el feminismo y el machismo, como tampoco se trata de sostener la preponderancia del hombre o la mujer. Se trata más bien de analizar las consecuencias que se han derivado del cambio de un solo papel, el que se centra en la procreación, en lo que se refiere a la maternidad y a la paternidad.

De otra parte, el eco de estos cambios comienza a traslucirse también en nuevos comportamientos en los hijos que, además, se transmiten mucho más fácilmente de unos a otros en el contexto psicosocial de una misma generación. De continuar así, es posible que éstos se hagan estables, siendo imprevisible qué pueda acontecer en el futuro en el comportamiento juvenil masculino y femenino.

Hasta ahora sólo se tenía certeza acerca de la maternidad; la paternidad, en cambio, se presentaba como una realidad más problemática y difícil de establecer. Pues bien, en la actualidad estos conceptos resultan insostenibles. La paternidad puede hoy determinarse sin ningún riesgo de error (test de Jeffreys). Por consiguiente, el padre puede saber de forma indiscutible si el niño nacido de su mujer es o no su hijo.

De otra parte, la vieja certeza en torno a la maternidad se ha tornado más oscura y opaca. La madre subrogada, por ejemplo, que lleva un niño en sus entrañas (la madre portadora) no tiene por qué coincidir con la madre genética y mucho menos con la madre adoptante. Paradójicamente, se ha invertido el significado de las antiguas afirmaciones.

Un niño puede tener hoy varias madres biológicas y, sin embargo, no disponer de ningún padre. Este dato podría ser de cierta utilidad en favor de quienes continúan sosteniendo la relevancia de la paternidad en la actual familia humana. Como consecuencia de estas irrefutables pruebas, ahora el padre es quien puede hundirse en la duda y en la sospecha respecto de la supuesta honestidad de la madre.

Sin embargo, también en este punto la legislación se ha puesto de parte de la madre en lo que concierne a la investigación de la paternidad biológica. En Francia la ley ha demostrado ser en esto un tanto desigual al tomar partido en beneficio de la mujer, ya que impide que el hombre haga uso libremente de estas pruebas para establecer su paternidad genética. De esta forma, el padre podría estar cumpliendo su función de padre con hijos que no son suyos, gracias a la paternidad que su mujer le ha impuesto. Alguno se ha preguntado si el derecho francés es o no feminista.

Sea como fuere, el hecho es que este ordenamiento jurídico ha aumentado la desconfianza en el varón respecto de la mujer, lo que constituye otro factor más contra la masculinidad, porque sumerge a los maridos en una terrible y dolorosa duda acerca de su propia paternidad y el origen del hijo. De aquí, que algunos padres prefieran continuar con sus dudas agazapadas antes de suscitar una irreparable crisis conyugal, de efectos imprevisibles (Sullerot, 1992).

A esta desconfianza se ha añadido otra: la del temor de la mujer a ser contagiada de SIDA por su marido. En esta circunstancia, en cambio, las pruebas pertinentes suelen llevarse a cabo a iniciativa de la esposa, aunque el marido viva aquello como una enojosa imposición. ¿Qué sucedería si fuese el marido quien tomase la iniciativa e impusiese a su mujer la conveniencia de que se hiciera esta prueba?

Como consecuencia de esto se ha acrecido la *desconfianza conyugal*. Las relaciones maritales aparecen ahora mediadas por esta apelación a recursos artificiales y extramatrimoniales que garanticen *de facto* que el matrimonio es lo que debería ser.

Por consiguiente, para asumir el rol de padre se apelará al test de Jeffreys; para celebrar el nacimiento de un hijo habrá que esperar hasta que los datos del

laboratorio nos confirmen la realidad de ese hecho; para hacer uso del matrimonio se exigirá previamente el resultado del laboratorio que testifique en favor de la ausencia de SIDA en el varón. Las *pruebas en favor de la fidelidad* se han cargado más sobre el varón que sobre la mujer. Nada de particular tiene que, después de esto, el padre haya dejado de estar seguro de sí mismo, de su paternidad, de la fidelidad de su mujer y, cómo no, de cuáles son sus deberes de padre. ¿Puede extrañarnos que algunos maridos no quieran hoy ser padres? Y la confianza, ¿para cuándo se deja? ¿Supone todo esto una ganancia de libertad?

En consecuencia, el padre ha dejado de tener el poder y la autoridad que tiempo atrás tenía; el padre ocupa hoy un papel muy secundario en funciones tan importantes como la decisión de tener hijos, el reconocimiento del hijo, su educación, la convivencia con él, etc. He aquí algunos de los condicionantes que han dado origen a ciertos cambios de roles en lo que se refiere a la maternidad y a la paternidad.

Pero no se piense que la mayoría de los padres se han entregado a esta situación y asumen su derrota. Hay muchos que, no obstante estos cambios, continúan la pelea de llegar a tiempo a casa, asumir la responsabilidad que les corresponde, luchar contra los tribunales que intentan separarles del hijo o no renunciar, respecto de la madre —la tutela en los casos de divorcio o separación se siguen fallando, en la mayoría de los casos, a favor de la madre—, a lo que consideran son sus obligaciones como padres.

Esta actitud de rebeldía en algunos padres no está, infortunadamente, muy extendida; entre otras cosas porque tiene un cierto coste personal y familiar que muchos de ellos no están dispuestos a abonar, y porque tampoco encuentra el eco necesario en los *mass media*.

En otras ocasiones, son los hijos los que interpretan mal estas actitudes en los padres —asignándoles términos descalificativos propios de la jerga juvenil que resultan del todo inapropiados—, tal vez por considerar que el padre está fuera de lugar en la familia de hoy.

Resulta preocupante considerar cuál será el futuro de la paternidad, una vez que ésta ha hecho crisis, afectando gravemente al futuro de las jóvenes generaciones. Sin padres no puede haber hijos, como sin hijos tampoco puede haber padres. Paternidad y filiación son sólo relaciones, aunque muy importantes, que exigen la copresencia de las dos personas que las fundan y configuran. Si no hay padre —no importa desde qué perspectiva se contemple esta ausencia— tampoco puede haber hijo. Puede haber, eso sí, otra cosa, pero algo muy diverso de lo que un hijo es. Da también que pensar que estas cuestiones hayan sido obviadas y marginadas hace apenas unos años.

Pero por continuar con lo que estaba afirmando, ¿es previsible el futuro de los hijos varones que han crecido en ausencia de sus padres? ¿Cuál será su comportamiento, cuando adultos, respecto de la familia? ¿Serán capaces de formar una familia? ¿Desearán ellos mismos ser padres? ¿En virtud de que principio o interés, habida cuenta la experiencia previa que de la paternidad han tenido? Y si

se deciden a serlo, ¿en que modelo de paternidad se inspirarán para cumplir con sus funciones de padres? Son éstas preguntas inquietantes que no debiéramos dejar de hacernos, pues, en cierto modo, de ellas depende el futuro de la humanidad.

La paternidad se ha transformado, aunque no sabría decir si más o menos que la maternidad, ni en qué proporción. La supremacía masculina ha dejado de funcionar y el sistema patriarcal ha perecido. El hombre de hoy reconoce que antaño fue transmisor de la vida humana a través de la mujer; que tuvo más poder que ella, gracias a ciertas costumbres y tradiciones; que era el encargado de asegurar la descendencia; que confería a sus hijos su identidad; y que era el proveedor-trasmisor de bienes a sus descendientes. En esta perspectiva del pasado, ser padre consistía en estar seguro de sí mismo y proyectar/trasmitir esa seguridad propia de la paternidad a la mujer y a sus descendientes. Hoy, por defecto de estos cambios de roles, ser padre apenas si constituye un estado añadido de inseguridad radical, mientras se recuerda con nostalgia la autoridad y seguridad que en el pasado les caracterizaba (para una revisión muy completa y actualizada de los cambios de roles del padre en la familia, cf. Bronstein y Cowan, 1988, especialmente páginas 3-13, 107-126 y 341-348; para un estudio transcultural del papel del padre, cf. Lamb, 1987).

d) Cambios recientes en la imagen social de la masculinidad

El hombre no parece haber cambiado demasiado, pero sí el icono sociocultural que lo representaba y con él y a su través las atribuciones, valores y actitudes que respecto del varón habían tenido en el pasado reciente una amplia aceptación en nuestra sociedad y se tenían como algo estable con que caracterizarle. En realidad, lo que ha cambiado es la imagen que de la masculinidad se tenía, hasta el punto de que ésta ha devenido en algo obsoleto.

Estos cambios podrían ser considerados como irrelevantes y transitorios, una mera consecuencia dependiente de la moda. Y, sin embargo, el autor de estas líneas presume que su alcance va mucho más lejos al constituir, junto a algunas pequeñas aportaciones positivas, otras muchas que en absoluto benefician lo que es propio de la masculinidad. No se olvide que por mor de esos cambios se están modificando ciertos sectores del comportamiento del varón. De acuerdo con ellos, ha de admitirse que el hombre no ha cambiado, pero sí que está cambiando su comportamiento y por medio de él la familia a que pertenece, muy especialmente la conducta de los hijos varones.

Para explicar qué es lo que ha sucedido podemos apelar a numerosos factores, todos ellos más o menos relevantes. Pero dejaríamos de entender este proceso si nos olvidáramos de los cambios que se han operado respecto de la paternidad, tema central en esta intervención. Obviamente, cuando se trata de la paternidad resulta imprescindible referirse a la maternidad, puesto que ambas realidades están entreveradas entre sí reobrando recíprocamente la una en la otra, como acabamos de observar, hasta el punto de que, siendo distinguibles, forman un único tejido en el núcleo vivo de las relaciones familiares.

Esto quiere decir que todo cambio en uno de estos roles o funciones se proyecta sobre el otro al que consigue modificar. Y esa modificación reobra y cambia simultánea e inevitablemente al primero.

En las líneas que siguen me ocuparé únicamente de la paternidad y del varón en tanto que padre, sin que por ello infraestime las evidentes implicaciones ---como causas unas y como consecuencias otras--- que, sin duda alguna, estos cambios han hecho sentir sobre la maternidad y la feminidad. Quede advertido el lector que en ningún caso este texto constituye o tiene la pretensión de ser un alegato profeminista o antifeminista; simplemente, no entraremos en esa cuestión. Si en alguna ocasión algo se trasluce respecto de la feminidad, será apenas un detalle exigido por la coherencia teórica y explicativa de lo que aquí se afirme.

En todo caso, sirva como posible justificación de lo antes afirmado la necesidad de atenernos a la cuestión planteada en esta intervención, la numerosa bibliografía hoy disponible respecto de la mujer sólo comparable a las publicaciones que van surgiendo en lo que al varón se refiere y, qué duda cabe, a la eclosión del patente *sufrimiento del hombre, de la masculinidad y de los jóvenes aprendices de hombres*, a lo largo de estos últimos años del agonizante siglo xx.

La masculinidad y, más concretamente, la paternidad se han convertido hoy en un problema y en una tarea. En una *tarea*, porque queda mucho por hacer, especialmente si nos atenemos a la fractura que, sin precedentes en la historia, se ha asestado a lo femenino y a lo masculino. En un *problema*, porque la pretendida homologación y posterior intento de unificación de las caracterizaciones del hombre y la mujer ha generado una cierta e importante confusión en lo relativo a la identidad de género en ciertos sectores de nuestra sociedad.

Hoy disponemos de ideas más críticas respecto de los papeles atribuidos a la mujer y al hombre, pero junto a ellas hay una relativa unilateralidad en el intento no siempre independiente de anteriores resentimientos fruto de aquellas diferencias que en el pasado se asentaron erróneamente entre los géneros. Ha surgido así un pensamiento de negación que hace un flaco servicio a ambos y que está necesitado de algunas matizadas intervenciones correctivas. La pretendida homologación entre los papeles masculinos y femeninos, en lo que a la educación de lo hijos se refiere, ha llevado consigo una debilitación de los espíritus en la que tiene fácil acogida el aburrimiento y, en algunas circunstancias, hasta la confusión paralizante de las decisiones que urge tomar.

Ciertamente que esta *nueva imagen del hombre* ha buscado derribar con renovados ímpetus los muros ---no siempre bien establecidos--- de ambas divisiones. Pero el intento no ha sido demasiado afortunado al estimular las viejas y recíprocas hostilidades que existían entre los sexos, en lugar de buscar y abrir las puertas y pasos condenados desde antiguo entre estos mundos virtualmente separados. Hoy, las diferencias de posiciones de fondo entre ellos se han hecho tan relevantes que parece difícil hallar el necesario camino del encuentro. Las líneas divisorias entre lo masculino y lo femenino, demasiado confundidas en la actualidad, constituyen un nuevo obstáculo sobreañadido que será preciso superar para tender entre ellos la necesaria vía de la colaboración y complementariedad.

Sin duda alguna, hoy se percibe como un terror del pasado el haber encerrado a la mujer en el ámbito exclusivo de lo privado. De aquí que se comprenda mejor su exigencia de un espacio público. Pero a la vez, ciertas radicalizaciones del feminismo reciente han contribuido a la marginación del varón y a la «deconstrucción» de cuál es su misión en la sociedad. En consecuencia con ello, el exigido equilibrio entre lo masculino y lo femenino tiene ahora en muchas parejas la nota de la precariedad.

En algunos casos, la hostilidad de las mutuas confrontaciones ha logrado desdibujar las funciones que eran más apropiadas para cada género. Como reacción, en mitad de esta confusión, está surgiendo un *doble fundamentalismo*, el del varón y la mujer, que es incapaz de abarcar con su mirada el amplio horizonte en el que ambos están llamados a coexistir en favor de la prole. Cada uno de ellos ha subrayado lo que consideraba le era más propio, pero a costa de olvidarse y desentenderse de lo específico del otro/a.

Al poner un excesivo énfasis en lo meramente cultural —como factor determinante de esas atribuciones de roles—, nos hemos olvidado y casi se intenta abolir las diferencias biopsicológicas que entre ellos hay. *La masculinidad y la feminidad sobrenadan hoy en el magma informe del seudomulticulturalismo*, en el que las dimensiones biopsicológicas y personales —que son propias a cada uno de ellos— se han silenciado, desapareciendo —he aquí el mayor peligro— cualquier certeza.

Es fácil admitir que ciertos roles masculinos y femeninos no estaban tan bien asentados y fundamentados como se pensaba y que, por tanto, pueden y hasta deben ser modificados. Pero de aquí no se sigue necesariamente una multiculturalidad sin límites en la reconstrucción de cada género.

Cada género tiene su acunamiento concreto en dimensiones y características que son irrenunciable por cuanto constituyen los fundamentos inalienables de la identidad personal. Suponer —como algunos suponen invocando la tolerancia— que las diferencias de género han de diseñarse y rediseñarse *ex novo* desde el atenuamiento a sólo las formas culturales actuales —constructivismo—, constituye una profunda caída en la intolerancia radical: la pretensión totalitaria de someter y subyugar lo propio de cada ser hasta extinguir lo auténticamente humano que subyace en cada persona.

La masculinidad, qué duda cabe, fue paradigmática en la primera mitad de nuestro siglo. Desconocemos cuáles fueron las circunstancias, notas y rasgos que se dieron cita en la «fundamentación» de ese paradigma. De otra parte, los paradigmas no son estables ni siquiera en las ciencias y, lógicamente, mucho menos habrían de serlo en algo tan complejo como lo masculino. Los paradigmas están abiertos al cambio. Tampoco sabemos exactamente cómo se produce éste. Pero es un hecho que de vez en cuando ese paradigma cambia. Es muy probable que algunos de estos cambios estén condicionados por modas, modelos y estilos de vida que, inesperadamente, emergen hasta consolidarse luego configurando un modelo de comportamiento que hace fortuna durante un determinado período cultural y lugar geográfico, desde donde más tarde se generalizan y extienden a

otros ámbitos y culturas. En la propagación del nuevo modelo de comportamiento probablemente tengan mucho que ver las actitudes miméticas, la emergencia de nuevos valores y situaciones, la imitación de lo que se concibe como nuevo y otras muchas circunstancias.

Los *cambios paradigmáticos* no suelen producirse abruptamente, sino de forma insidiosa. Algo aparentemente ajeno al antiguo paradigma comienza a cambiar conviviendo simultáneamente con el anterior modelo. Hasta que un día se dan las condiciones necesarias para que los breves cambios que se habían ido introduciendo poco a poco en la sociedad acaban por articularse y cristalizar en *un nuevo modelo de conducta* que ahora emerge con el halo de lo incontrovertible y de la aceptación general. En esas circunstancias, es cuando realmente asistimos a un cambio de paradigma.

En el caso que nos ocupa —el cambio de la imagen social masculina—, no sería justo desentendernos de otros factores que más o menos alejados del comportamiento del varón, no obstante, están implícita y fuertemente con él vinculados. Me refiero, claro está, al comportamiento femenino. En realidad, el paradigma masculino nunca estuvo centrado en sólo lo masculino. La interdependencia del hombre y la mujer —también aquí— se ha hecho sentir, de forma que cualquier cambio en el estilo de vida de cada uno de ellos forzosamente habría de incidir en el otro, bien como causa de la nueva transformación operada, bien como consecuencia con ella concurrente (Cath, Gurwitt y Gunsberg, 1989).

Sería preciso estudiar más detenidamente hasta qué punto las profundas transformaciones sufridas en el *estilo de vida femenino*, durante las anteriores décadas, no ha constituido uno de los más relevantes factores artífices y condicionadores de los actuales cambios en la *imagen social del comportamiento masculino*.

Los cambios paradigmáticos suponen casi siempre una revolución no sólo del comportamiento humano, sino también y principalmente de otros muchos valores y actitudes, que no siempre son considerados en lo que valen. Esto quiere decir que no suele haber un cambio paradigmático del comportamiento humano sin un cierto coste. A veces el coste que hay que pagar puede ser muy superior a las aportaciones, supuestamente enriquecedoras, aportadas por el cambio.

Hasta la primera mitad de nuestro siglo la imagen de lo masculino más extendida estaba caracterizada por ciertas notas como la laboriosidad, autoridad y aportación de los recursos económicos a la familia, algo relativamente característico del patriarcado; las distancias entre padre e hijos eran demasiado grandes como para que pudiera surgir la confianza entre ellos; las relaciones hombre-mujer se presentaban como rígidamente determinadas por sus diferentes roles familiares en el marco que le ofrecía la excesiva sumisión de la mujer al varón, su escasa preparación cultural y la ausencia de un escenario público extrafamiliar donde pudiera aquélla acometer otras funciones no estrictamente maternas, además de la pasividad y un relativo aislamiento social.

Otras notas típicas de lo masculino eran la caballerosidad —compatible con una cierta falta de sensibilidad y comprensión respecto de la mujer—, la incapaci-

dad para expresar las propias emociones —esto estaba socialmente mal considerado—, y la afición por deportes bruscos, hasta ese momento muy vinculados con su género, como el fútbol, el rugby, los toros, la caza, etc.

Años después comienzan a aparecer ciertos cambios —al comienzo muy sutilmente— en la sensibilidad masculina: una mayor cercanía en las relaciones con lo hijos, la responsabilidad de intervenir en su educación —hasta entonces delegada en la mujer—, y una nueva dulzura y afabilidad en la forma de tratar a la esposa. Al fin se podía hablar con el marido y con el padre. Si la ternura que anidaba en el varón había estado siempre como agazapada, ahora parecía tener licencia para manifestarse, aunque provista de un cierto control. La hosquedad y el distanciamiento tradicionales dejaban paso —no sin esfuerzo, pues apenas si tenían experiencias en ello— a la afabilidad y a la proximidad a media distancia. Los cambios que entonces comenzaban a operarse estaban contribuyendo a preparar, casi sin solución de continuidad, el advenimiento de una nueva etapa en la que las transformaciones habrían de ser mucho más radicalizadas.

Esto es lo que acontece al comienzo de la década de los *setenta*. En esta etapa emergen dos hitos relacionados entre sí que, en modo alguno pueden silenciarse: la aparición de las sustancias contraceptivas y la decidida incorporación de la mujer al mercado de trabajo. Cada uno de estos hitos reobra en el otro y ambos se refuerzan y potencian suscitando un cambio, el cambio problemente más importante en la historia de las imágenes sociales masculina y femenina. La nueva transformación del estilo de vida de la mujer necesariamente habría de influir en el comportamiento masculino, como así fue.

En efecto, la supuesta fortaleza del varón comienza a debilitarse; la suavidad sustituye al despotismo y la proximidad al distanciamiento; la amabilidad y tolerancia devienen en permisividad, mientras se arruina la autoridad. Asistimos al comienzo del *fin del patriarcado*. Algo que está en profunda discusión en la actualidad, pues mientras algunos autores sostienen la llegada del otoño del patriarcado (*El otoño del patriarca*, cf. García Marquez, 1987), otros (cf. Goldberg, 1975, *The Inevitability of Patriarchy*) sostiene su inevitabilidad, reafirmando la indiscutible obviedad de esta cuestión diez años más tarde (Golderberg, 1986). Y es que a pesar de que, según parece, al patriarcado le haya llegado su «otoño», no obstante el patriarcado resulta inevitable.

En su lugar, emerge el *matriarcado* —que siempre existió, aunque de forma no explícita y un tanto simulada al proyectarse sólo en el ámbito privado de lo familiar—. Surge ahora un matriarcado mucho más pujante y vital —el que se prodiga tanto en el escenario público como en el privado— que el patriarcado del que en su día disfrutó el varón. De forma un tanto definitiva —con el relativismo que tiene todo lo que se presenta en este ámbito como definitivo— comienza *la sustitución de la mujer fuerte por el varón débil*.

El hombre se hace más receptivo y expresivo, pero también más acomodaticio a lo que le es impuesto en el ámbito familiar. De locomotora se transforma en furgón de cola, mientras se desvanece su vitalidad y con ella se agosta la creatividad con que antaño hacía frente a la toma de decisiones para resolver los problemas.

Las esposas han entrado definitivamente en la escena de lo público y privado, irradiando la cegadora luz que alimenta sus poderosas energías. Pero como consecuencia de tanta luminosidad, o tal vez a causa de ella, apenas si se columbra, agazapado allí en un rincón, la sombra de lo masculino. La masculinidad ha sido arrinconada.

Sea porque el comportamiento del varón ha sufrido estos cambios, sea porque la mujer ha premiado la «suavidad» del varón a la vez que detestado su hoscas maneras, o tal vez porque estemos ante una nueva estética según la cual el hombre prefiere a la mujer fuerte y la mujer prefiere al hombre debilitado, el hecho es que se están dando importantes pasos para configurar un nuevo estilo de maternidad y paternidad.

Todavía es pronto para juzgarlos, pero de acuerdo con los datos que vamos conociendo, no se presagia nada bueno: crisis de autoridad, insatisfacción con la «suavidad» del varón en las relaciones de pareja, multiplicación de los conflictos conyugales, ausencia de vitalidad reflejada de forma patente en el absentismo de las responsabilidades familiares, ansiedad y sufrimiento ante la pérdida de la identidad masculina, etc. El viraje hacia la suavidad del varón ha supuesto también muy importantes cambios en las relaciones paterno-filiales, especialmente en lo que se refiere a la educación de los hijos varones. De ello me ocuparé más adelante.

4. *La masculinidad paradigática o la atomización de los modelos del comportamiento masculino*

La confusión acerca de la masculinidad hace que cada hombre tenga que proponerse formalmente el conducirse como un hombre, hacer algo que sea propio del hombre, comportarse de forma típicamente masculina. Pero si no hay un modelo masculino definitivo, si la masculinidad está construyéndose de continuo (se habla hoy de *the construction of masculinity*, cf. Kaufman, 1992), entonces habrá que concluir que la masculinidad no existe propiamente como tal y que ningún hombre podrá o sabrá conducirse como quien es.

El *constructivismo de lo masculino* pone de manifiesto que hay muchos y diferentes modelos en los que el hombre puede inspirarse para diseñar cuál ha de ser en el futuro su comportamiento como varón. La idea del constructivismo nos invita a pensar más en una teoría de lo masculino que en la presencia real de la conducta masculina, aún con ser ésta, por el momento, muy evidente.

Entre los *modelos de lo masculino* hoy disponibles cabe señalar el *biológico* (que acentúa las diferencias biológicas innatas que distinguen al hombre de la mujer), el *antropológico* (que acentúa las variaciones del comportamiento masculino, en función de ciertas diferencias transculturales) y el *sociológico* (que acentúa la diferente socialización de los jóvenes, en función de su rol sexual, así como sus diferentes habilidades para desenvolverse con mayor o menor fortuna en una cultura determinada).

Estos modelos, no obstante, resultan insuficientes a causa de su reduccionismo, ya que no entran en la consideración de la totalidad del ser masculino, bajo la perspectiva de la persona, como un ser diverso del ser femenino. En este punto nada de particular tiene que tras este encadenamiento de simplificaciones se opte por afirmar que las diferencias «esenciales» entre el hombre y la mujer son meras construcciones sociales que, por lo demás, están sujetas a cambio (Feigen-Fasteau, 1974; Farrell, 1975; David y Branno, 1976; Chodorow, 1978, etc.).

Estos autores sostienen que el significado de la masculinidad ni es transhistórico ni tiene una validez universal, sino que varía de unas a otras culturas y, en cada cultura, de uno a otro período histórico. Por eso el hombre, según estos autores, no nace sino que se hace.

Sin embargo, otros muchos investigadores reconocen que las vidas de los hombres se organizan alrededor de su propio género, siendo lo masculino y lo femenino los dos principios configuradores fundamentales sobre los cuales se vertebra la vida social. A pesar de esto, la mayoría de los hombres y mujeres no tienen mucha conciencia explícita de su pertenencia a un género determinado —como suele ocurrir en todo lo que es natural y espontáneo— y, en cierto modo, como si el ámbito de lo femenino o de lo masculino del que forman parte no importara demasiado para la experiencia diaria de sus propias vidas.

Pero de aquí no puede concluirse que el género sea más una atribución social —en tanto que es la sociedad la que así la configura y la que sigue con atención su curso a través del comportamiento humano— que una relevante y real dimensión personal. En otras palabras: que el género es invisible para la persona y visible para la sociedad. De hecho, tampoco tenemos muy en cuenta a nuestra nariz —ni somos muy conscientes de ella a no ser cuando nos resfriamos— respecto de nuestro comportamiento de cada día y no por eso concluimos que nuestra nariz es mera consecuencia de una mera construcción social.

Es cierto que son muy abundantes los prejuicios y estereotipias socioculturales acerca de lo masculino y lo femenino; que hay una percepción social sesgada de estos roles en la que anidan, crecen y se cobijan muchos de esos prejuicios; y que muchos de los conflictos implícitos en las relaciones hombre-mujer son consecuencia de ciertos roles erróneos. Pero no dejaría de ser otro prejuicio —y un prejuicio agigantado— considerar como algo inexistente las diferencias de género entre el hombre y la mujer, entre lo masculino y lo femenino.

Entre 1970 y 1980 aparecen algunos textos sobre el hombre y la masculinidad en los que es fácil advertir las influencias de las críticas feministas respecto de las explicaciones tradicionales que se habían dado, en relación con las diferencias de género y con los modelos basados sobre los roles sexuales.

A partir de aquí se inicia una nueva etapa en la que el modelo masculino es atomizado en numerosos modelos fragmentarios, todos ellos necesarios —según se nos dice— para entender las diversas y variadísimas conductas de los hombres. Se trata de acercarse a la comprensión de lo masculino, tal y como esta conducta se realiza en los hombres todos, incluyendo también aquí y de forma relevante los comportamientos problemáticos o desviados, como si fuesen versio-

nes alternativas de la masculinidad, tan autorizadas o más que aquéllas, a pesar de su carácter de excepcionalidad (Pleck, 1981; Gilligan, 1982; Carrigan, Connell y Lee, 1985; Wilkinson, 1986; Brod, 1987; Connell, 1987; Hearn, 1987; Kimmel, 1987).

Dos notas caracterizan esta nueva etapa: la desaparición de la frontera que separaba la conducta normal y desviada —algo que no debiera haberse debatido en un contexto extraño a lo psicopatológico—, y el postular que ya no se puede seguir hablando de lo masculino en singular sino que en lo sucesivo habrá que hacerlo en plural, a fin de dar cabida en él a todas las formas posibles del comportamiento del varón, sean éstas normales o no (homosexualidad, travestismo, cambio quirúrgico de sexo, etc.).

La inicial relativización de lo masculino condujo a la multiplicación de modelos, que más tarde se tornarían insuficientes por no dar cabida ni acoger en su seno a todos los comportamientos de los hombres, como inicialmente se proponían. En estas circunstancias es lógico que se volatizara el concepto mismo de lo masculino, reduciéndolo a un mero agregado de segmentos de comportamientos a los que únicamente se atiende desde una perspectiva social.

En consecuencia con esta reciente evolución, todavía minoritaria, el concepto de lo masculino se habría arruinado y el hombre —si no se reduciesen estas teorías a un conjunto de personas todavía en un número no excesivamente relevante— andaría a la deriva a la búsqueda de sí mismo, de un icono que pueda representarlo, de una fiel imagen de sí mismo en qué reconocerse. Según los anteriores autores, ser un hombre no es sino participar en la vida social «como un hombre» (a lo que habría que añadir las manifestaciones de su psicopatología), es decir, construyendo activamente cada uno su masculinidad en función de las exigencias del contexto histórico y cultural del que se forma parte. En un contexto como éste nada está definido ni indicado porque todo está permitido. De aquí que al no disponer de ningún modelo en el que inspirar el propio comportamiento o con el que identificarse («como un hombre»), resulte imposible la existencia misma de lo masculino.

5. Efectos psicológicos y psicopatológicos en el hijo

Son numerosas las características que configuran el perfil psicológico de los hijos apátridas, como consecuencia de la ausencia del padre. También en la literatura reciente se han introducido numerosos términos para designarles, términos que, con mejor o peor fortuna, vienen a acentuar una de esas peculiaridades. Éste es el caso de calificativos, entre otros, como *lovely boy* (Bly, 1992), *puer aeternus* (von Franz, 1991) o *flying boy* (Lee, 1989).

Son hijos que experimentan una orfandad, mitad fingida mitad real, y un abandono sin precedentes, como consecuencia del padre ausente con el que a veces conviven. En muchos de ellos hay miedo y desprecio al padre simulador y fingido que han conocido.

Seducidos por la madre e incapaces de escapar del anidamiento materno, se manifiestan como hijos inacabados y dolientes, en los que suele hacer presa un prolongado, si es que no perpetuo, resentimiento. Hambrientos de autoridad y sedientos de la seguridad que el padre debería haberles proporcionado, se perciben como hijos que no han sido completados en su desarrollo personal.

Sentirse excluido del mundo del padre; experimentar que apenas se le dedica tiempo; percibirse como un extraño ante la persona de quien se procede y a la que tal vez se desea admirar sin que se encuentre nada que sea digno, condiciona en ellos la aparición de la inseguridad.

De aquí su temor a dialogar con el padre y no digamos al *monólogo* que entre ellos se establece cuando el padre convoca al hijo «porque tenemos que hablar», para luego sólo hablar él y siempre de los mismos temas (trabajo, comportamiento en casa y en el colegio, errores que comete, etc.).

Concurren aquí especiales dificultades como para que pueda establecerse la *comunicación padre-hijo*, porque en circunstancias como éstas resulta imposible su participación en un verdadero diálogo. En efecto, en un diálogo se deja más espacio a la improvisación, consecuencia de la confianza recíproca, y al desarrollo y sustitución natural de unos temas por otros, en torno a los cuales los interlocutores matizan, modelan y codirigen la conversación. De otra parte, el contenido de un diálogo cualquiera es mucho más flexible constituyendo un apretado haz de temas entreverados, a cuyo través padres e hijos se encuentran, trabajan, divierten, aprenden, conviven y coexisten. Un diálogo es una conversación abierta en la que las diferencias y discrepancias de los interlocutores tienen igual o más aceptación que los acuerdos y coincidencias. En el diálogo cada uno advierte y descubre cómo se respetan sus propias opiniones y decisiones, además de sentirse respetado como persona. Y eso independientemente de que a lo ancho del diálogo también se le pueda exigir o incluso corregir. En una palabra, como consecuencia del diálogo, cada una de las personas que en él intervienen —no importa cuál sea su edad y circunstancia— queda afirmada en su propio valer.

El diálogo sirve también para resolver ciertas dificultades propias de la edad y la inexperiencia, como las dudas y temores, los déficits en autoestima, la inhibición, los autoconceptos negativos, la incompreensión de sí mismo y del mundo, la intolerancia de las pequeñas o grandes frustraciones, los errores derivados del propio conocimiento personal, la crisis de valores, las primeras dificultades en las amistades y en las relaciones con las chicas, la experiencia del fracaso, el temor a hacer el ridículo, la incapacidad para practicar ciertos deportes, etc. La mayoría de estos temas son desatendidos o ignorados por el padre ausente. La ausencia de comunicación padre-hijo sitúa a este último en una *deprivación cognitiva* de fatales consecuencias.

Esta lejanía y distanciamiento cognoscitivo les incapacita para ser testigos presenciales y participantes de los esfuerzos y trabajos que el padre realiza. Ignoran por completo, las más de las veces, el trabajo al que el padre se dedica. Y esa ignorancia supone una renuncia absoluta a abrirse a nuevos aprendizajes. Nada saben, por ejemplo, de los esfuerzos que conlleva la realización de un

trabajo, como tampoco de las motivaciones que lo sostienen y de su alcance perfectivo para la persona. Las enseñanzas que de aquí podrían obtener han sido sustituidas por el aburrimiento personal y un cierto recelo, si es que no la sospecha, ante lo que aventuran pueden ser las ocupaciones del padre.

Por eso los hijos apátridas se perciben como *personas inacabadas*, jóvenes *desfinalizados*, autoconfigurados apenas como permanentes *hombres-adolescentes* que son incapaces de tomar decisiones o adquirir cualquier clase de compromiso —por miedo a la libertad que nunca vieron encarnada y/o comprometida en los propios padres— y, en consecuencia, siempre prontos a evitar todo lo que les supongan realizar un modesto esfuerzo por pequeño que éste sea.

Heridos en su identidad personal, nunca lograron satisfacer el anhelo de encontrarla, una necesidad ésta que por estar naturalmente inscrita en su ser resulta irrenunciable, acusando siempre de una u otra forma tal deprivación. En efecto, el hijo apátrida adolece del marco referencial que cada niño necesita para tomar contacto con los valores y a partir de esa orientación desarrollar un determinado proyecto biográfico.

Desde la perspectiva afectiva, son hijos faltos de afecto y con una muy deficitaria autoestima personal (consideran que valen mucho menos de lo que realmente valen), lo que les conduce, en el mejor de los casos, a empobrecer su nivel de aspiraciones o a percibirse como alguien «que no sirve para nada».

La *deprivación afectiva* comporta una seria amenaza respecto de la educación amorosa. Y ello no tanto porque la mayoría de los padres, en la educación familiar, no atiendan explícitamente a este importante sector de la formación de la personalidad, sino más bien porque no han podido presenciar—como cualquier hijo en una familia normalmente constituida— los modelos de comportamiento afectivo de sus respectivos padres, modelos que tan eficaces son para el aprendizaje de estos comportamientos a través del aprendizaje observacional o vicario (Bandura y Walters, 1963) y la imitación, interiorización, imitación e identificación con esas necesarias pautas comportamentales. En consecuencia con ello, sus habilidades sociales, su capacidad afectiva y la posibilidad de desarrollar en el futuro un cierto talante asertivo quedan definitivamente truncadas.

De aquí a la *deprivación social*, entendida ésta como una cierta imposibilidad para llevar a cabo el desarrollo personal a través de los necesarios procesos de socialización, apenas si hay un paso.

Desde la perspectiva de la *psicopatología*, la ausencia del padre, según numerosos investigadores (Ellwood, 1988; Galston y Kamarck, 1993), lleva consigo, además de la pobreza, otras muchas consecuencias, como el aumento de las tasas de suicidio juvenil (la tercera causa principal de muerte entre adolescentes en EE.UU., hasta el punto de que el 5 % de ellos cada año lo intenta alguna vez, según el «National Center for Health Statistics»), de enfermedades mentales, de la violencia y el consumo de drogas (según *The National Journal*, la población actual de adictos a la cocaína y al crack es de 2'5 millones y permanece estable).

A las ya referidas añade Bronfenbrenner (1993) las siguientes: trastornos de

conducta y de aprendizaje, hiperactividad, déficits de atención, dificultades para diferir las gratificaciones, fracaso escolar; así como la aparición del «teenage syndrome», una secuencia de comportamientos encadenados consistente en el consumo de tabaco y alcohol, tempranas y frecuentes experiencias sexuales y, en algunos casos, actos criminales de vandalismo y violencia indiscriminada (cf. «Federal Bureau of Investigation», 1991; Perkins, 1992). A ello hay que añadir los trastornos psicopatológicos relativos a la identidad de género, cuyas consecuencias comienzan a manifestarse, en ocasiones, antes de la pubertad, remitiendo unas veces y agravándose y derivando otras hacia la homosexualidad y otros trastornos del comportamiento sexual del varón (cf. Polaino-Lorente, 1992a).

Es probable que la total ausencia de la figura paterna, condicione en mayor o menor grado la aparición y/o el aumento de *otros comportamientos desajustados*. Éste es el caso, por ejemplo, del millón de embarazadas adolescentes anualmente (una de cada diez adolescentes en 1990, en las que la mitad de esos embarazos finalizan en aborto); de los tres millones de adolescentes que en la actualidad transmiten enfermedades sexuales (cf. Besharov y Gardiner, 1993); del aumento de hijos ilegítimos (en las tres últimas décadas se ha incrementado en un 400 %; el 21 % y el 65'2 % de los niños blancos y negros que cada año nacen en EE.UU. proceden de madres solteras), y de los casi tres millones de casos de abuso infantil comunicados en 1991 (Yoest, 1991).

El tiempo medio de *exposición diaria a la televisión*, de acuerdo con los investigadores (Medved, 1992; Mellman y Lazarus, 1991), ha sido de siete horas cuatro minutos en 1992, estimándose que cada joven menor de 18 años ha presenciado por término medio alrededor de 15.000 muertes en la pantalla, y eso a pesar de que el 56 % de la población adulta opine que la televisión influye más en los valores juveniles —y a través de éstos en su comportamiento— que los padres, profesores y líderes religiosos, conjuntamente considerados.

En síntesis, que según los datos suministrados por Bennett (1993), durante las tres últimas décadas se han incrementado en EE.UU. los crímenes violentos (en un 560 %) y los nacimientos ilegítimos (en el 400 %), mientras se ha cuadruplicado la tasa de divorcios, triplicado el número de niños que viven con sólo la madre e incrementado el suicidio de los adolescentes (200 %).

Es cierto que el así denominado *niño difícil* es apenas un rótulo del que se sirven algunos padres para calificar en sus hijos ciertas conductas relativamente desadaptadas. En realidad, si hacemos caso a las madres, es muy difícil encontrar un hijo que no sea «difícil». A veces, esto se formula haciendo una apelación a la edad («está ahora en una edad difícil, dicen), pero ¿hay alguna edad en que no sea difícil la educación de los hijos?

En otras ocasiones, el niño difícil —aunque este término no designe ninguna categoría psicopatológica de las hoy admitidas— se caracteriza por ser un hijo nervioso, obstinado, reivindicativo, al que le gusta llamar la atención, hostil, irritable, cruel, que manifiesta numerosos trastornos psicósomáticos (vómitos, diarreas, cefalea, etc.) y psicopatológicos (insomnio, ansiedad, intolerancia a la frustración, baja autoestima, inseguridad, etc.). No es infrecuente que responda

mal cuando se le corrige o lleva la contraria. Cuando se le exige es frecuente que responda con crisis explosivas y desproporcionadas —especialmente dirigidas contra la madre—, que resultan amenazantes para la convivencia familiar y que en ningún caso debieran permitirse. El desarrollo de estos niños puede alterarse profundamente y prolongarse, cuando adultos, en auténticas enfermedades psiquiátricas (Torello, 1991).

En los niños apátridas es también frecuente la neurosis del *puer aeternus* (von Franz, 1991), la neurosis del «eterno niño» que ni crece ni quiere crecer y que, si no cambia, más allá de la pubertad se habrá transformado en un completo insatisfecho. Este cuadro tiene muchas veces su origen en la educación, es decir, en la mala educación que han recibido, como consecuencia de la ausencia del padre o del permisivismo en que éste le ha educado. Son niños a los que se les ha consentido casi todo, deteniéndose su crecimiento en esa etapa en que arrecia el egocentrismo, el llamar la atención y la dependencia, principalmente de la madre en este caso.

En consecuencia con ello, no logran adquirir ciertas habilidades que son necesarias para la autonomía y poder conducirse en el mundo con libertad y responsabilidad personal. En cierto modo, estos niños, comportándose de esta forma, manifiestan la misma conducta que su padre, quien bajo otros aspectos también se ha refugiado en el egotismo insolidario. Puede afirmarse que el niño aprende e imita el egoísmo de su padre, que luego refleja como a través de un espejo. Más tarde estallará el duelo, tanto tiempo aplazado, entre ambos egoísmos: el del padre y el del hijo.

Los padres de estos niños, cuando estalla el conflicto, pierden la calma y transforman su permisividad en tiranía, su tolerancia en agresividad y su indiferencia en férreo y rígido voluntarismo, justamente cuando su hijo más necesita de una serena dirección, a cuya sombra poder forjar el carácter.

Aunque sería un despropósito atribuir las anteriores consecuencias a sólo la ausencia del padre, no obstante, ha de admitirse que en un cierto sentido muchas de ellas se habrían evitado si el padre no se ausentara —física y psicológicamente— de su familia o si, al menos, no se desentendiera tanto de sus responsabilidades como educador.

6. Los padres, ¿pueden hacerlo?

Después de las anteriores consideraciones hay que admitir que el papel del padre es fundamental en la educación de los hijos. En estos momentos en que la paternidad parece eclipsada es todavía más urgente si cabe que los padres asuman las funciones que como educadores de sus hijos les corresponden. No se olvide que la paternidad puede cambiar el modo en que los hombres piensan acerca de sí mismos, al revelar los valores propios de lo masculino y al establecer las oportunas prioridades entre ellos.

Sin embargo, hay una cierta desconfianza respecto a que los padres vayan a desempeñar el papel que tienen en la educación de los hijos. Esa desconfianza se alimenta en parte de la imagen, en plena inflación, que de la paternidad hoy circula y, en parte, de la aquiescencia y falta de colaboración de muchos hombres que todavía siguen escamoteando sus responsabilidades como padres. Ante esta huida es lógico que algunos autores se pregunten: ¿Pueden los padres cumplir satisfactoriamente con las exigencias de su género, en lo que atañe a la educación de sus hijos?

Responderé a esta cuestión, muy concisamente, presentando un breve elenco de algunos resultados procedentes de las investigaciones realizadas en las dos últimas décadas.

Así, por ejemplo, se ha demostrado que los padres norteamericanos y alemanes adoptan similares patrones de comportamiento (caricias, besos, verbalizaciones, etc.) a los manifestados por las madres respecto de sus hijos lactantes (Parke y O'Leary, 1976; Parke, Grossman y Tinsley, 1981). Aunque los padres emplean menos tiempo que las madres en la interacción con sus hijos, sin embargo, la calidad de estas interacciones es también diferente en unos y otras. Las madres se dedican más a actividades encaminadas a cuidar de ellos (Kotelchuck, 1976), mientras que los padres tienen una mayor capacidad para interactuar con sus hijos en lo relativo a las actividades lúdicas y sociales (Katsh, 1981; Field, 1978; Clarke-Stewart, 1978). Este dato ha sido confirmado también en padres australianos e ingleses (Russell, 1982; Richards, Dunn y Antonis, 1977). Esto significa que el comportamiento del padre es más activo y estimulante para el desarrollo de los hijos que el de la madre.

En la interacción con los hijos, durante el primer año de la vida, los resultados obtenidos fundamentan dos tipos de «estilos educativos» diferentes: las madres estimulan más al desarrollo verbal y prodigan más estímulos táctiles a sus hijos, mientras que los padres emplean más otros recursos como el balanceo, los movimientos físicos y los juegos creativos (Power y Parke, 1981; Pedersen, Anderson y Cain, 1980).

En el segundo año de la vida del niño estas diferencias en el comportamiento de los padres se mantienen, aunque cambian las modalidades de sus interacciones. Las madres estimulan más que los padres la sociabilidad, el desarrollo del lenguaje, la afectividad y la atención de sus hijos (Power y Parke, 1983).

Los padres suelen prestar más atención a los hijos que a las hijas, respondiendo más a sus llamadas, jugando más con ellos, aumentando la frecuencia de sus vocalizaciones y acariciándoles más frecuentemente, además de dedicarles más tiempo (Belsky, 1979; Power y Parke, 1981), lo que puede entenderse como un diferente comportamiento educativo, como consecuencia del cual se estimularía más el desarrollo motor y la conducta impulsiva en el hijo que en la hija (Yogman 1982; Block, 1983).

En la etapa escolar estas diferencias se acentúan todavía más. Los padres se implican más que las madres en los juegos (son también más creativos y menos

repetitivos), a la vez que son más directivos e imperativos que ellas (Stuckey, McGhee y Bell, 1982; Bright y Stockdale, 1984), especialmente en lo que se refiere a los hijos varones. Con las hijas, por el contrario, estimulan más su socialización y las tratan de un modo más positivo. De todo ello se deduce que los padres adoptan un modelo de comportamiento diferente en función de que interactúen con los hijos o con las hijas.

Con los hijos en edad preescolar, el comportamiento de los padres se centra más en el desarrollo visual, los movimientos motores finos, la conducta de exploración, la asignación de juegos y juguetes y la trasmisión de tradiciones propias de su género; con las hijas, en cambio, su comportamiento se centra más en el desarrollo verbal y el refuerzo positivo, prodigándoles una mayor seguridad y un menor control (Power y Parke, 1981).

Puede afirmarse, en síntesis, que lo propio del comportamiento paterno respecto de los hijos es el juego, la directividad, el proporcionarles una información verbal suficiente y proveerles de un particular modelo o prototipo de conducta masculina.

En consecuencia con ello, los hijos aprenden de sus padres un modelo de comportamiento más apropiado para el juego y las actividades físicas, un mayor desarrollo de las actividades motoras gruesas (competencia física) y de las conductas de riesgo (espíritu de aventura) y un estilo verbal más fundamentado en la información, las interrupciones y las respuestas monosilábicas (aprendizaje de nuevas informaciones), además de desarrollar más su interés, por el conocimiento de las cosas (desarrollo cognitivo). En conclusión, que el padre con los varones muestra un comportamiento más cálido, sociable y juguetón, a la vez que más directivo y exigente que con las hijas. Por contraste, el lenguaje que aprenden las hijas del padre está más centrado en la formulación de aseveraciones y preguntas (Radin, 1981).

Algo parecido podría afirmarse respecto de la eficacia de la interacción entre padres e hijos adolescentes, sólo que aquí habría que hacer algunas matizaciones conforme a las peculiaridades que caracterizan a los hijos durante esta etapa evolutiva. Es cierto que durante este período la educación de los hijos puede resultar un poco más difícil como consecuencia de la crisis que supone enfrentarse a los cambios que acontecen en esta etapa del desarrollo. Para muchos padres, sin embargo, la relación con sus hijos adolescentes no resulta más conflictiva que cualquiera de las etapas anteriores.

La experiencia afortunada de muchos educadores permite establecer algunos principios que pueden ser eficaces para que los padres optimicen las relaciones con sus hijos. El padre no debe escandalizarse de nada, y sí compadecerse de todo. En realidad, incurriría en lo absurdo si se escandalizara o manifestara que se ha escandalizado. De comportarse así, demostraría no conocer suficientemente a su hijo, perdería su confianza y probablemente se bloquearía la relación que hay entre ambos. Pero es conveniente que se compadezca de todo, es decir, que acepte a su hijo como es, simultáneamente que, guiado por esa compasión, trata de evitar que vuelva a sufrir las frustraciones y sufrimientos derivados de sus anteriores errores.

El padre debe corregir al hijo cuantas veces sea preciso. Con bondad, pero también con reciedumbre. Al hijo se le hace mucho daño cuando el padre se instala en la bondadosidad —una actitud de aparente tolerancia con la que suele disfrazarse la comodidad— o en la tiranía —un modo de quebrar el diálogo cuando éste resulta incómodo o cuando se prevé que no será lo suficientemente convincente—. Ambas posiciones traducen la pérdida de poder del padre —la primera por defecto, y la segunda por exceso—, mientras el hijo percibe que su padre ha cambiado, que ya no es el mismo, puesto que ha hecho dejación de la autoridad que hasta ese momento le había caracterizado.

El padre jamás debe perder la autoridad, poco importa cuál sea el comportamiento del hijo. No es posible ejercitar la paternidad —y la masculinidad— sin autoridad. Pero la autoridad (*auctoritas*) no es la potestad (*potestas*) y mucho menos la fuerza bruta (cf. Polaino-Lorente y Carreño, 1993). Precisamente por eso el padre puede y debe rectificar si en alguna ocasión —por equivocarse o extralimitarse— incurre injustamente en un abuso de autoridad. Rectificar, pedir perdón al hijo, tiene casi siempre un beneficioso efecto formativo, tanto para el hijo como para el padre.

La experiencia de numerosos padres y los resultados obtenidos por los investigadores son coincidentes y conclusivos en este punto: El padre puede y debe ser el primer y más cercano educador de su hijo. Esta tarea está hoy erizada de dificultades, pero nadie mejor que el padre para aceptar ese reto y para satisfacerlo cumplidamente.

7. *Hacia una paternidad sin permisividad ni autoritarismo*

Hemos visto líneas atrás algunas de las consecuencias que la ausencia del padre genera en los hijos apátridas. Muchas de ellas están estrechamente vinculadas a la ausencia psíquica y cognitiva del padre o, si se prefiere, al autoritarismo y la permisividad, dos «estilos educativos» que desde la ausencia de la paternidad moldean erróneamente el comportamiento de los hijos.

Precisamente por eso, y por otras razones a las que anteriormente se ha aludido, es preciso insistir en un *nuevo modelo de paternidad* en el que estos «estilos educativos y comportamentales» del padre sean sustituidos por otros, de manera que se prevenga la aparición de los hijos apátridas. De esa propuesta se informa a continuación.

El modo en que el hijo se siente acogido por el padre es de vital importancia, pues en ello le va la seguridad que en sí mismo tendrá en el futuro, su autoestima personal, el modo de resolver los problemas que se encuentre, su competencia social, la capacidad de querer a los demás, su nivel de aspiraciones, el optar por unos u otros valores, además de otras muchas cosas más, es decir, gran parte de lo que compendiará su talante personal y su futuro estilo de vida.

Esto no quiere decir que la personalidad del niño dependa sólo del modo en

que es acogido por su padre, pero sí que muchos de los rasgos a que a cabo de referirme están influidos en buena parte por el estilo de esa interacción padre-hijo.

Es conveniente saber transmitir la profunda convicción —y, obviamente, tenerla— de que cada hijo es un ser único e irrepetible, al que el padre procura ayudarle a desarrollar lo mejor que hay dentro de sí y eso desde una posición de total respeto hacia su persona. El hijo debiera autopercebirse en el trato con su padre como alguien no dividido, como un *in-dividuum* (no separable) que es *in-summabile* (no adicional a otro e imposible de confundir con cualquier otro hijo) y en el que se acepta la entera unidad de su irrepetible y global personalidad.

El padre ha de saber anticipar desde el aquí y el ahora, lo que acaso no sea sino un mero futurible —aunque realizable— en la trayectoria biográfica de ese hijo concreto y, por supuesto, trasmitírselo en alguna manera. Y esto respetando su libertad personal, sin imposiciones ni extrañas sugerencias manipuladoras.

Los hijos necesitan mucho ser afirmados en su horizonte personal por alguien que tenga autoridad. Eso significa que el hijo ha de percatarse de que es un ser valioso para su padre; que puede llegar a satisfacer buena parte de lo que en ese momento es apenas en destello, una promesa de lo que puede llegar a ser, y que se confía en que él puede alcanzar esas metas.

Entiéndase que ese proyecto de hombre no debe ser reduccionista, que no debe limitarse a sólo el rendimiento académico, por muy importante que éste sea, sino que debe abrirse a la realización en sí de todos aquellos valores que harán de él una persona con una vida cumplida.

Ésta puede ser una de las vías a seguir si de verdad se quiere ayudar a que cada hijo sea el *homo humanus* que, acaso en lo recóndito de su intimidad, el hijo ya ha soñado ser al filo de esas aventuras épicas que con harta frecuencia tejen su imaginación de niño. Tras este primer afianzamiento infantil suele surgir la confianza en el padre, actitud que jamás hay que defraudar a lo largo de su vida.

Respeto y confianza constituye dos fundamentales arbotantes donde sostener el crucero de la bóveda que es el desarrollo de su personalidad. Si se consiguen estas dos notas en las relaciones padre-hijo es luego más fácil la sinceridad entre ellos, es decir, la posibilidad de abrir el corazón y que se manifiesten recíprocamente —de acuerdo con su edad y experiencia de la vida— sus temores y angustias, sus esperanzas acaso limitadas por ciertas frustraciones, los sueños e ilusiones que se ambicionan y la mayor o menor confianza que cada uno tiene en sí mismo.

A esto debe apuntar esa comunicación confiada que es la relación padre-hijo. Éste es un buen procedimiento para hacer frente a los errores por infraestimación («no sirvo para nada») y sobreestimación («soy un genio»), en los que con tanta facilidad se enredan los hijos, como consecuencia de su inexperiencia de la vida y de su escaso realismo, dos peculiaridades que por estar menos acrecidas en los padres, éstos deben prestarles.

El sano realismo que se les puede proporcionar conduce a la segura

autoconfianza, un distintivo que resulta ineludible cuando se pretende acometer el proyecto biográfico de llegar a ser persona. ¡Son tan frecuentes en los hijos los derrumbamientos por el cansancio y la inconstancia, la caída de la autoestima, la percepción de sólo lo negativo de sí mismos, la formación de un autoconcepto debilitado y sin futuro!

No resulta infrecuente que como consecuencia de estas vicisitudes por las que atraviesa todo hijo surja el autodesprecio y el no saber quererse a sí mismo, en su andadura como joven aprendiz de hombre que es. Por esto importa mucho que el padre trate de evitar que el hijo caiga en el resentimiento, una actitud ésta que por su acidez y acción disolvente tantas veces conduce a la desmotivación, a la parálisis y a un desfondamiento indigno.

El padre ha de procurar enseñar al hijo a aceptarse como es, a respetarse y a quererse a sí mismo, difíciles aprendizajes éstos que tan necesarios son para la vida, pues en la misma medida que se desarrollen se aprenderá a respetar, aceptar y querer a los demás. Y esto se aprende en la medida en que se les autoafirma en los propios valores personales, valores que tal vez por la ceguera del momento el hijo es incapaz de advertir.

Con ser esto muy importante, no basta con aprender a quererse a sí mismo; ésta es sólo una meta inicial que hay que rebasar para desde allí alzarse a otra más alta y benefactora: la de aprender a querer a los demás. Cuando esta etapa inicial no se trasciende, cuando no se articula como debiera con la siguiente (la donación a los otros), surge el narcisismo, un trastorno de la personalidad de fatales consecuencias en el futuro.

Y es que el *sentido de la vida* se esconde siempre más allá del yo, precisamente allí donde el yo procura ocultarse y desaparecer para que el otro sea afirmado. Bajo estas consideraciones podría afirmarse que el sentido de la vida tiene siempre un carácter *trans-egótico*, yendo más allá del propio yo. Pero acaso por eso precisamente, el sentido último de la propia vida nunca se alcanza del todo, porque siempre se podrá ir más alto, más lejos y más allá del propio yo. El hombre, en su trayectoria biográfica, siempre puede revestirse mejor con los valores que aprecian los otros, para de este modo acrecerse en el propio valer, realizando en sí —encarnándolos— los valores que nos avaloran.

El padre ha de prestar al hijo su esperanza, de manera que este último sea capaz de esperar en su propia persona y confiar más en sí mismo y en su futuro. Al filo de esta confianza —algo que se confunde con lo motivacional—, es donde puede surgir el *proyecto de ser hombre*, un proyecto que para llevarse a cabo precisa del aprendizaje de las necesarias experiencias de autodonación.

El hijo no concibe ningún proyecto para sí, porque todavía no ha reparado —nadie se lo ha hecho notar— el valor que en sí mismo encierra, porque nadie le ha motivado a esforzarse por conseguirlo y porque acaso nadie le ha enseñado a vencer su inseguridad. Diseñar un proyecto para hacerse un hombre no es cosa fácil, pues como escribe Ferrater Mora (1979), «el proyecto no es, por así decirlo, hacer cualquier cosa mientras uno se hace a sí mismo, porque uno no se hace a sí

mismo haciendo cualquier cosa». Apelar aquí a los valores que deben engalanar ese proyecto es algo inexcusable. Cuando éstos no se han descubierto o son erróneos, lo más probable es que el proyecto diseñado nazca arruinado.

En estas circunstancias, como dice Ortega (1967, pp. 100-104), «el hombre vuelve a no saber qué hacer, porque vuelve de verdad a no saber qué pensar sobre el mundo. Por eso el cambio se superlativiza en crisis y tiene el carácter de catástrofe. El cambio del mundo ha consistido en que el mundo que se vivía se ha venido abajo, y de pronto en nada más. No se sabe qué pensar de nuevo —sólo se sabe o se cree saber que las ideas y normas tradicionales son falsas, inadmisibles—. Se siente profundo desprecio por todo o casi todo lo que se creía ayer, pero la verdad es que no se tienen nuevas creencias positivas con que sustituir las tradicionales. Como aquel sistema de convicciones o mundo era el plano que permitía al hombre andar con cierta seguridad entre las cosas y ahora carece de plano, el hombre se vuelve a sentir perdido, azorado, sin orientación (...) No existe eso que suele llamarse “un hombre sin convicciones”. Vivir es siempre, quiérase o no, estar en alguna convicción, creer en algo acerca del mundo y de sí mismo (...); el no sentirse en lo cierto sobre algo importante impide al hombre decidir lo que va a hacer con precisión, energía, confianza y entusiasmo sincero: no puede encajar su vida en nada, hincarla en un claro destino. Todo lo que haga, sienta, piense y diga será decidido y ejecutado sin convicción positiva, es decir, sin efectividad; será un espectro de hacer, sentir, pensar y decir, será una *vita minima*, una vida vacía de sí misma, inconsistente, inestable. Como en el fondo no está convencido por algo positivo, por tanto no está verdaderamente decidido por nada (...); mas para decidir mi existencia, mi hacer y no hacer, yo tengo que poseer un repertorio de convicciones sobre el mundo».

En la enseñanza de esas *convicciones* —ideas-fuerza bien fundamentadas, a la vez que implantadas y vividas en la conducta personal—, el papel del padre resulta insustituible. Si el padre adolece de esas convicciones o si teniéndolas no brillan y son confirmadas en su comportamiento diario, será inútil que intente enseñarlas a su hijo.

En una circunstancia así, es lógico que la libertad del hijo no acierte a encontrar su destino y, en consecuencia, no serán sus libres elecciones las que someterán su comportamiento, sino que será su comportamiento el que arrastrará su libertad al ceremonial de su propia confusión. En esta situación la libertad del hijo resultará mancillada, mientras el joven aprendiz de hombre observa cómo se pierden sus referencias contextuales, sus pesamientos-guía, sus ideas-fuerzas, arrojándole a la existencia perpleja (Polaino-Lorente, 1992 b).

Los padres debieran saber que para educar al hijo basta con una sola cosa, por otra parte muy difícil: aceptarle positivamente tal y como es y tratar de comprenderle en su esencia, en su singularidad y peculiaridad de ahora, a la vez que se tiene en cuenta los valores que a esa personalidad hay que añadir (su valor añadido), para que felizmente llegue a ser lo que deba ser y, por el momento, todavía no es.

Esto es lo que en definitiva puede devolver al hijo la confianza en sí mismo,

una vez que la ha perdido cualquiera que sea la escaramuza o batalla de la vida donde aquella se agostó. Al hijo hay que mostrarle y animarle a que realice en sí los valores que llegará a realizar y harán que él mismo se realice, si de verdad confía en sí mismo, en su lucha personal y en la ayuda que recibe.

En realidad, *amar y afirmar al otro* es una sola y misma cosa. Amar es «querer el bien de otro» o, como afirmar Pieper (1962), decir a otro «qué bien que tú existas». Ahora bien, si se califica de bueno el hecho de que la otra persona exista, ¿hay algún otro procedimiento más directo e inmediato para afirmarlo en su valer? De otro lado, si se quiere el bien para el otro y se parte del convencimiento de que el ser y el bien recíprocamente se exigen, ¿no estamos acaso afirmando al otro, al quererlo así?

Para sostener y afirmar al hijo en su valer precisan los padres, junto al esfuerzo y atención precisas, una no modesta dosis de humildad. Y con ella, mucha confianza y *saber querer*. Para afirmar al otro en su valer —y mediante el crecimiento en otros valores que aumenten su valor—, es preciso gozarse en las riquezas que el otro ya tiene. Los padres, en ocasiones, son los peores jueces de sus propios hijos, porque sólo prestan atención a lo que de negativo hay en ellos, mientras se olvidan o no consideran sus numerosos rasgos positivos. Saber observar sus buenas condiciones es una actitud paterna que resulta esencial e imprescindible.

Para gozarse con las riquezas del hijo, es preciso no observarlas como algo atentatorio contra un yo paterno absolutizado. Para gozarse de esos valores del hijo es conveniente adoptar una peculiar actitud desde la cual cada uno de ellos pueda ser contemplado como un hito que también afirman al padre en sus valores.

No, el manso y decidido afán de afirmar al otro en su valer (el hijo) constituye una prueba palpable de que se ha relativizado el valor del propio yo (del padre), abandonando por completo la frecuente, injusta y lastimera actitud de compararse con los demás.

El manso y decidido afán de afirmar al hijo en su valer y en lo que pueda llegar a valer presupone la confianza y con ella la grandeza de ánimo para subrayar lo que de positivo hay en él y debilitar, que no ignorar, lo negativo que en él también se observa.

Este afán por afirmar al hijo en lo que vale debe ser manso, es decir, sin apresuramientos ni prisas enervantes, propias del hombre azacanado, más pendiente casi siempre de los resultados a obtener que del desarrollo de la persona en la que aquéllos se obtienen.

Pero, a la vez, el afán de afirmar al hijo ha de ser decidido, pues, de lo contrario, siempre se presentarán una y mil excusas —el cansancio, la falta de correspondencia, la deslealtad, etc.— que «razonablemente» aconsejarán el abandono de esa actitud. Pero tal abandono en el padre no sólo afecta al hijo, sino que se vuelve también contra el desarrollo y la perfección de la misma paternidad. El mejor educador —escribe Torello, 1991— es aquel que es capaz de crecer y

transformarse. El desarrollo psíquico del niño es inseparable del de su progenitor, estableciéndose entre ambos un proceso que debiera ser inderogable y continuo. Estar ausente significa, entre otras cosas, quedar excluido de un proceso como éste, que de seguro contribuirá de forma importante al autoperfeccionamiento del padre.

Precisamente por eso, la mansedumbre que aquí se exige no debe entenderse como complacencia halagadora; la decisión de que aquí se habla no debe identificarse con el voluntarismo intervencionista y obstinado. La mansedumbre y la decisión que sostiene el ininterrumpido afán de afirmar al hijo proceden y hunden sus raíces en la verdadera paternidad. Afirmar al hijo es amar al hijo. Afirmar al hijo supone también la autoafirmación del padre. Y ¿hay acaso algo más autoafirmante para el padre que el hecho de afirmar en el amor, con amor y por amor al propio hijo?

Dirección del autor: Aquilino Polaino-Lorente, Facultad de Educación, Universidad Complutense, 28040 Madrid.

Fecha de recepción de la versión definitiva de este artículo: 1.IX.1993.

BIBLIOGRAFÍA

- BANDINTER, E. (1992) *XY. La identidad masculina* (Madrid, Alianza Editorial).
- BANDURA, A. y WALTER, R. H. (1963) *Social learning and personality development* (London, Holt; trad. española en Alianza Editorial).
- BELSKY, J. (1979) Mother-father-infant interactions: A naturalistic observational study, *Developmental psychology*, 15(6), 601-607.
- BENNETT, W. J. (1993) *The Index of Leading Cultural Indicators* (A Joint Publication of Empower America The Heritage Foundation Free Congress Foundation March, vol. I).
- B SHAROV, D. y GARDINER, K. (1993) Teen Sex, *The American Enterprise*, January/February.
- BLOCK, J. H. (1983) Differential premises arising from differential socialization of the sexes: Some conjectures, *Child Development*, 54, 1335-1354.
- BLY, R. (1992) *Iron John* (Addison-Wesley Publishing Co.; traducción castellana, Barcelona, Plaza y Janés).
- BRIGHT, M. C. y STOCKDALE, D. F. (1984) Mothers', fathers' and preschool children's interactive behaviors in a play setting, *Journal of Genetic Psychology*, 144, 219-232.
- BROD, H. (1987) *The Making of Masculinities* (Boston, Unwin, Hyman).
- BRONFENBRENNER, U. (1993) Discovering What Families Can Do, en B ANKENHORN, D. BAYME, S. y BETHKE ELSHTAIN, J. (eds.), *Rebuilding the Nest: A New Commitment to the American Family* (Milwaukee, Family Service Agend).
- BRONSTEIN, Ph. y COWAN, C. P. (1988) *Fatherhood Today. Men's changing role in the family* (New York, John Willey & Sons).
- CARRIGAN, T.; CONNELL, B y LEE, Y. (1985) Toward a New Sociology of Masculinity, *Theory and Society*, 5 (14).

- CATH, St. H.; GURWITT, A. y GUNSBURG, L. (1989) *Fathers and their Families* (Hillsdale, The Analytic Press).
- CLARKE-STEWART, K. A. (1978) And daddy makes three: The father's impact on mother and child, *Child Development*, 49, 466-468.
- CONNELL, R. W. (1978) *Gender and Power* (Stanford, CA, Standord University Press).
- CORNEAU, G. (1989) *Père manquant, fils manqué* (Québec, Les éditions de l'homme).
- CHODOROW, N. (1978) *The Reproduction of Mothering* (Berkeley, University of California Press).
- DAFOE WHITEHEAD, B. (1983) Dan Quayle Was Right, *The Atlantic Monthly*, April, vol. 271, 4.
- DAVID, D. y BRANNO, R. (1976) *The Forty-Nine Percent Majority* (Reading, MA, Addison-Wesley).
- ELLWOOD, D. T. (1988) *Poor Support: Poverty in the American Family* (New York, Basic Book).
- FARRELL, W. (1975) *The Liberated Man* (New York, Random House).
- FEDERAL BUREAU OF INVESTIGATION (1991) *Crime in the U. S. 1991: Juveniles and Violence 1965-1990*.
- FEIGEN-FASTEAU, M. (1974) *The Male Machine* (New York, McGraw-Hill).
- FERRATER MORA, J. (1979) *Diccionario de Filosofía* (Madrid: Alianza, vol. 3, pp. 2.724-2.725).
- FIELD, T. (1978) Interaction patterns of primary versus secondary caretaker fathers, *Developmental Psychology*, 14, 183-185.
- FLEM, L. (1984) Le stade du cow-boy, *Le genre humain*, n. 10, *Le Masculin*, junio, 101-115.
- GALSTON, W. y KAMARCK, E. (1993) A progresive Family Policy for the 1990s, *Mandate for Change* (Berkeley Books).
- GARCÍA MÁRQUEZ, G. (1987) *El otoño del patriarca* (Barcelona, Mondadori).
- GILMORE, D. D. (1990) Manhood, *Natural History*, june, 6-10.
- GILLIGAN, C. (1982) *In a Different Voice* (Cambridge, MA, Harvard University Press).
- GOLDSBERG, S. (1975) *The Inevitability of Patriarchy* (New York, Eilliam Morrow and Co.).
- (1986) Reaffirming the Obvious, *Society*. Sept/Oct.
- HEARN, J. (1987) *The Gender of Oppression* (New York, St. Martin's Press).
- KATSH, B. S. (1981) Fathers and infants: Reported caregiving and interaction, *Journal of Family Issues*, 2, 295-296.
- KAUFMAN, N. (1982) *The Construction of Masculinity and the Triad of Men's Violence* (New York, Macmillan Publishing Company).
- KIMMEL, M. S. y MESSNER, M. A. (1987) *Changing Men: New Directions in Research on Men and Masculinity* (Newbury Park, Sage Publications).
- KOTELCHUCK, M. (1976) The infant's relationship to the father. Experimental evidence, en M. A. Lamb (Ed.), *The role of the father in child development* (New York, Willey).
- LAMB, M. E. (1987) *The Father's Role Cross-cultural perspectives* (Hillsdale, Lawrence Erlbaum Associates).
- LEE, J. (1989) *The Flying Boy* (Florida, Norton).
- MEDVED, M. (1992) *Hollywood vs. America: Popular Culture and the War on Values* (New York, Harper Collins).

- MELLMAN AND LAZARUS (1991) Mass Mutual American Family Values, *1991 American Family Values Study: A Return to Family Values*.
- NATIONAL CENTER FOR HEALTH STATISTICS (1981) Rethinking Drugs, *The National Journal*, February 2.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1967) *En torno a Galileo* (Madrid, Revista de Occidente, 3.^a edición, pp. 100-104).
- PARKE, R. D. y O'LEARY, S. E. (1976) Father-mother-infant interaction in the new-born period: Some findings, some observations, some unresolved issues, en K. RIEGEL & J. MEACHAM (eds.), *The developing individual in a changing world, vol. 2: Social and environmental issues* (The Hague Netherlands, Mouton).
- PARKE, R. D.; GROSSMAN, K. y TINSLEY, B. R. (1981) Father-mother-infant interaction in the new-born period: A German-American comparison, en T. FIELD (Ed.), *Culture and early interactions* (Hillsdale, NJ: Erlbaum).
- PEDERSEN, F. A.; ANDERSON, B. y CAIN, R. (1980) Parent-infant and husband-wife interactions observed at age five months, en PEDERSEN (Ed.), *The father-infant relationship: Observational studies in a family setting* (New York, Praeger).
- PERKINS, J. (1992) The Young and the Violent, *The Washington Times*, September 11.
- PETZOLD, M. (1992) *Familienentwicklungspsychologie: Einführung und Überblick* (München, Quintessenz).
- PIEPER, J. (1962) *El amor* (Madrid, Rialp).
- PLECK, J. (1981) *The Myth of Masculinity* (Cambridge, MA, M.I.T. Press).
- POLAINO-LORENTE, A. y CARREÑO, P. (1993) *La familia: locura y sensatez* (Madrid, Alfa Centauro).
- POLAINO-LORENTE, A. (1992a) *Sexo y cultura. Análisis del comportamiento sexual* (Madrid, Rialp).
- (1992b) El manso y decidido afán de afirmar al otro en su valer, *Thémata*, 9, 271-288.
- POWER, T. G. y PARKE, R. D. (1981) Play as a context for early learning: Lab and home analyses, en LAOSA y I. E. SIGEL (Eds.), *The family as a learning environment* (New York, Plenum).
- (1983) Patterns of mother and father play with their 8-month-old infant: A multiple analyses approach, *Infant Behavior and Development*, 6, 453-459.
- RADINI, N. (1981) The role of the father in cognitive, academic, and intellectual development, en M. E. LAMB (Ed.), *The role of the father in child development* (New York, Wiley).
- RICHARDS, M.; DUNN, J. F. y ANTONIS, B. (1977) Caretaking in the first year of life: The role of fathers' and mothers' social isolation, *Child: Care, Health, and Development*, 3, 23-26.
- RUSSELL, G. (1982) Highly participant Australian fathers: Some preliminary findings, *Merrill-Palmer Quarterly*, 28, 137-156.
- STUCKEY, M. H.; MCGHEE, P. E. y h, N. J. (1982) Parent-child interaction: The influence of maternal employment, *Developmental Psychology*, 18, 635-644.
- SULLEROT, E. (1992) *Quels pères, quels fils?* (París, Fayard. Traducción española *El nuevo padre. Un nuevo padre para un nuevo mundo*. Barcelona, Ediciones B).
- TORRELO, J. B. (1991) Il ruolo del padre nella famiglia d'oggi, *Studi Cattolici*, 580-587.
- U. S. BUREAU OF THE CENSUS CURRENT POPULATION REPORTS (1991) *Marital Status and Living Arrangements*, p. 20, n. 450.
- VON FRANZ, M. L. (1991) *Puer aeternus* (Boston, Sigo Press).

- WILKINSON, R. (1986) *American Tough: The Tough Guy Tradition and American Character* (New York, Harper and Row).
- YOEST, Ch., ed. (1991) *Free to Be Family: Helping Mothers and Fathers Meet the Needs of the Next Generation of American Children* (Family Research Council).
- YOGMAN, M. W. (1982) Observations on the father-infant relationship, en S. H. CATH, A. R. GURWITT & J. M. ROSS (eds.), *Father and Child: Developmental and clinical perspectives* (Boston, Little, Brown).

SUMMARY: THE ABSENT FATHER AND THE STATELESS SONS AT CURRENT SOCIETY.

This article draws attention to a very common fact in our society i. e. the lack of interactions father-son and the psychological and psychopathological impact on the son. The author analyses its causes, the types of fathers and the masculinity's evolution. Finally he offers a proposal to enhance the fatherhood to encourage the harmony of family and to avoid these behavior alterations on the boys.

KEY WORDS: Father-son relationship. Fatherhood. Masculinity. Change of the roles of the father in the family. Psychopathology of boys.